

18ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVANGELIO SEGÚN SAN JUAN 6,24-35.#

En aquel tiempo, cuando la gente vio que ni Jesús ni sus discípulos estaban allí, se embarcaron y fueron a Cafarnaún en busca de Jesús. Al encontrarlo en la otra orilla del lago, le preguntaron: -Maestro, ¿cuándo has venido aquí?

Jesús les contestó: -Os lo aseguro: me buscáis no porque habéis visto signos, sino porque comisteis pan hasta saciaros.

Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna, el que os dará el Hijo del Hombre; pues a éste lo ha sellado el Padre, Dios.

Ellos le preguntaron: -¿Cómo podremos ocuparnos en los trabajos que Dios quiere?

Respondió Jesús: -Este es el trabajo que Dios quiere: que creáis en el que él ha enviado.

Ellos le replicaron: -¿Y qué signo vemos que haces tú, para que creamos en ti? Nuestros padres comieron el maná en el desierto, como está escrito: "Les dio a comer pan del cielo."

Jesús les replicó: -Os aseguro que no fue Moisés quien os dio pan del cielo, sino que es mi Padre quien os da el verdadero pan del cielo. Porque el pan de Dios es el que baja del cielo y da vida al mundo.

Entonces le dijeron: -Señor, danos siempre de ese pan.

Jesús les contestó: Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre, y el que cree en mí no pasará nunca sed.

JESÚS, PAN DE VIDA

Hoy no son las religiones, ni tampoco los pensadores los que marcan las pautas de comportamiento, el estilo de vida, de nuestra sociedad, una «nueva sociedad» que se mueve a impulsos de una «moda consumista». Un eslogan muy extendido es que «la vida es para disfrutarla», disfrutar de lo último que se nos ofrece, experimentar nuevas sensaciones. La lógica de «satisfacer deseos» lo impregna todo.

El individuo de hoy responde a un patrón de persona de gustos fluctuantes, sin lazos personales profundos y atraído por lo efímero. Una persona sin grandes ideales, ocupado especialmente en disfrutar, en tener cosas, estar en forma, etc.

Y en línea con esta moda la «religión» suscita hoy, en muchos, una actitud defensiva, incluso de rechazo. Plantear la cuestión religiosa provoca generalmente malestar, silencios evasivos o un desvío hábil de la conversación.

Se entiende la religión como algo trasnochado, algo que pudo tener sentido en otros tiempos pero que, en una sociedad adulta y emancipada, no tiene cabida. «Creer en Dios, orar o alimentar una esperanza final» no se considera propio de personas inteligentes y progresistas, de forma que cualquier ocasión es buena para trivializar o ridiculizar lo religioso. Lo que hoy se valora se encuentra en el campo del conocimiento científico y del desarrollo técnico.

Y en este escenario hoy no es fácil que se pueda escuchar a Jesús, que se puedan entender palabras suyas como «Yo soy el pan de vida» o «Yo soy la resurrección y la vida». Son expresiones que no llegan a comprenderse.

Sin embargo tales expresiones son «signos» que tratan de ser cauce, de dar una respuesta a las necesidades más íntimas de la persona, a su vida espiritual, para ubicarla convenientemente en el universo de la vida y para dar sentido a su existencia. Unas necesidades que han sido objeto, desde siempre, de una preocupación vital de la persona y que se han ido satisfaciendo, a lo largo de los tiempos, a través de las múltiples y variadas religiones que han tratado de ofrecer su visión de Dios.

Y aunque hoy la moda no reconozca ni valore convenientemente a Jesús ni a nada que suene a religión, la persona sigue siendo persona y sus necesidades más íntimas son las mismas; ni han cambiado ni pueden cambiar.

Y Jesús, para quien la religión, por encima de todo, son las personas, cuyo objetivo no es otro que el de *«conseguir hacer un mundo solidario y fraterno»*, trata de orientar a la persona, con sus enseñanzas y su estilo de vida, para que viva en armonía, para que encuentre su camino, para que su vida tenga un sentido, para que sea feliz.

Y en este sentido en el Evangelio de hoy Jesús nos dice *«Trabajad no por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura, dando vida eterna»*. Y es que no es posible alimentar nuestra vida de cualquier manera. Ni es suficiente el bienestar material, ni tan siquiera adecuado en muchos momentos. La persona necesita de un *«alimento»* capaz de llevarlo hasta su verdadera plenitud y ese alimento, lo creamos o no, es sólo el *«amor»*.

Cuando la persona se alimenta sólo de lo efímero se queda sin raíces, sin consistencia interior. Cualquier adversidad le provoca una crisis, cualquier problema adquiere dimensiones desmesuradas. Es fácil caer en la tristeza o en el sinsentido. *«Sin alimento interior la vida corre peligro»*. No se puede vivir sólo de pan humano, se necesita algo más.

Y Jesús además habla de *«trabajo»*. El trabajo que Dios quiere, nos dice, es *«que creáis en el que Él ha enviado»*. Y es que *«Creer en Jesús»* no consiste simplemente en una adhesión religiosa, es un trabajo. Es un trabajo y un esfuerzo en el que, los que queremos ser discípulos suyos, hemos de ocuparnos a lo largo de toda nuestra vida. Un esfuerzo, por otra parte, continuado, día tras día, por crecer en ser mejores personas, en ser mejores cristianos.

«Creer en Jesús» es configurar nuestra vida desde Él, convencidos de que su vida fue verdadera, una vida que conduce a la vida eterna. Su manera de vivirle a Dios como *«Padre»*, su forma de reaccionar siempre con *«misericordia»*, su empeño en despertar *«esperanza»* son lo mejor que puede hacer el ser humano.

«Creer en Jesús» es vivir y trabajar por un mundo más humano y justo y hacerlo a sabiendas que nuestro pequeño compromiso, siempre pobre y limitado, es el mejor trabajo que podemos hacer.

Y como colofón, termina el Evangelio diciendo Jesús *«Yo soy el pan de vida. El que viene a mí no pasará hambre y el que cree en mí no pasará nunca sed»* Él es el



«verdadero alimento», símbolo de la auténtica fuerza que hace posible caminar por la vida, que hace posible ser libres, que hace posible conseguir la vida para siempre.

Esto significa que Él es *el «pan de vida»* y esto es *la «fe cristiana»*. Es sencillamente *«Dios presente»* Dios a quien recibimos en la Eucaristía, un Dios personal.

«Alguien a quien escuchamos y Alguien con quien dialogamos»
¡Que así sea!